

RESEÑAS

CLAUDE TRAUNECKER, Jean-Claude Golvin: *Karnak, Résurrection d'un site*. París, 1984, Payot, 238 p.

En manos sobre todo de arqueólogo y filólogos, la Egiptología se ha mantenido al margen de las corrientes historiográficas que han revolucionado en este siglo la manera de analizar la historia, y que sin embargo sí han tenido influencia en otros dominios de la historia antigua. Sólo el estudio de la religión egipcia ha seguido una evolución paralela a la que propugnaban en cada momento los teóricos de la historia de las religiones (animismo, manaísmo, etc.).

El gran avance teórico promovido en los últimos años por la escuela británica de historia de Egipto ha conducido a la investigación egiptológica a un punto de crisis del que ha de salir una forma nueva de analizar el antiguo Egipto. La proliferación de estudios sobre el nacimiento y desarrollo de esta especialidad es una oportunidad para acalorar las causas por las que ha seguido este camino propio, pero no está produciendo ese resultado, pues tal vez por su exotismo, las narraciones de antiguos viajeros a Egipto son las que están recibiendo una atención más especial. La colección del IFAO *Voyageurs Occidentaux en Egypte* lleva publicados desde 1970 más de veinte volúmenes con cerca de cuarenta viajeros desde la Baja Edad Media al siglo XVIII; y aquéllos más importantes, Sicard, Volney, la expedición de Bonaparte, Belzoni, o Champollion, naturalmente, están siendo objeto de continuo estudio y reedición.

Karnak. Résurrection d'un site se inscribe en esta tendencia, aunque por fortuna rebasa ampliamente los límites cronológicos de estos primeros «egiptólogos». El director del prestigioso centro franco-egipcio de Karnak, Jean-Claude Golvin, y Claude Traunecker, uno de sus más cualificados investigadores, han escrito una historia del templo desde el momento en que por su abandono parecen que «los egipcios han honrado en vano a sus dioses» hasta la situación de peligro, y también de análisis y consolidación de hoy.

Se trata de una obra destinada a un público más amplio que el erudito de la Egiptología o el profundo aficionado, pues algunos detalles se han dirigido a la

facilidad de su lectura: carencia de notas, elección muy cuidada de las ilustraciones, etc., pero esta opción, aunque peligrosa, no va en detrimento del contenido, perfectamente avelado por la altura científica de sus autores.

No se analizan en ningún momento ni la construcción del templo ni su intrincado resultado final, para los que son recomendables algunas de las obras sobre el sitio, de reciente aparición, citadas en la bibliografía. Tampoco se explican las costosas restauraciones y actividades de salvamento que lleva a cabo el centro franco-egipcio, ni los últimos resultados en su investigación histórica o arqueológica, para los que hay que utilizar las publicaciones editadas bajo el nombre genérico de *Karnak*.

Los autores han analizado el modo en que la civilización occidental, en su continua evolución, se enfrentó ante los imponentes vestigios de una de las civilizaciones con un mayor renombre, y sin embargo desconocida hasta hace apenas siglo y medio. Según sus propias palabras, Karnak asume el papel de «testigo de la historia». Esta relación dialéctica queda plasmada en el modo en que se ha dividido la obra. Cada uno de los cuatro primeros capítulos está definido por las formas distintas en que el mundo occidental se interesó o no por Egipto, y las motivaciones por las que unos pocos hombres al principio, y una avalancha después, llegaron a Karnak. Pero, y en esto radica el valor del libro, al ser éste uno de los yacimientos más representativos de Egipto, tanto por su tamaño como por su importancia religiosa al ser residencia de Amón, el dios principal del panteón durante siglos, el modo en que misioneros, comerciantes, aventureros y arqueólogos se acercaron a él es también el modo en que Occidente creó la Egiptología.

Tras una evocación casi poética de la actividad cotidiana en los días del Imperio Nuevo, y una somera presentación histórica de Amón, el primer capítulo se dedica a la paulatina pérdida del valor religioso de Karnak en tiempos del Imperio Romano convertida en acelerada decadencia con la irrupción del cristianismo. Mientras que la fortificación de Luxor como campamento en tiempo de Diocleciano aseguró su supervivencia aún algunos siglos, Karnak fue pronto considerado una cantera de piedra tallada, y el mismo Constantino hizo abatir dos de sus obeliscos para la nueva capital. A partir de este momento los edificios van siendo cubiertos de arena, lo que es sólo el comienzo de una destrucción más radical.

Durante casi mil años los templos tebanos se perdieron. Este período oscuro se analiza en el segundo capítulo. Los pocos viajeros o historiadores árabes que entran el Alto Egipto muestran sin eufemismo su desprecio por las ruinas antiguas; ni siquiera es posible distinguir a cual de ellas se refieren cuando las mencionan. Sus contemporáneos occidentales no pasan del Delta en su peregrinación por los lugares bíblicos, y aunque en esta obra no se señale, no mostraron mayor interés por las ruinas que los musulmanes. Fue un comerciante, un veneciano del que desconocemos el nombre, quien en 1589 comentó, y con admiración, por primera vez, la existencia de tan imponentes restos. Pero ni él ni los otros comerciantes y misioneros que, camino de Egipto, se adentraban en tan peligrosa región supieron lo que veían, pues lo interpretaban como morada de un rey. Este error es posiblemente el que indujo al jesuita Sicard a identificar correctamente Karnak con la antigua Tebas en 1718, aunque en esta obra no se explica cómo llegó a esa conclusión. Los esfuerzos de este hombre por conseguir del rey francés el dinero para dibujar y analizar los restos visibles en el lugar, marcan el final de la etapa de desconocimiento del templo. Este segundo capítulo es casi en su totalidad descriptivo. No hay en realidad mucho que interpretar en las breves menciones que anotan estos viajeros, por lo que los autores han preferido dejar la palabra a los mismos protagonistas, cuyos textos se reproducen

literalmente. Lo más destacable es el valor que tienen para los arqueólogos actuales estas descripciones en que se mencionan elementos arquitectónicos y sobre todo de estatuaria y pintura que hoy han desaparecido. Es también un capítulo en que por insuficiencia de datos, y para poder dar una visión más completa del «descubrimiento de Egipto» se ven obligados a utilizar en bastantes ocasiones autores que hacen una referencia indirecta al templo, sólo en cuanto un elemento más del conjunto monumental egipcio.

«Karnak codiciado y estudiado», el título del tercer capítulo, es muy significativo de lo que representó el siglo y medio entre Sicard y la creación del *Service des Antiquités* por Mariette. Es el periodo del nacimiento de la Egiptología. Misioneros y comerciantes se ven sustituidos por rapaces buscadores de antigüedades y arqueólogos que estudian los templos pero que al mismo tiempo reúnen un lote de objetos para algún museo europeo. Los párrafos más interesantes del capítulo son los dedicados a la interpretación que hicieron de los restos egipcios los intelectuales de los siglos XVIII y XIX. En el primero de ellos la visión es muy negativa, y no podía ser menos si tenemos en cuenta que es la época del neoclasicismo, con su idea mesurada de la arquitectura, tan alejada de la pesada solidez de la sala hipóstila de Karnak; o que es el momento del nacimiento de las ideas liberales, enfrentadas al despotismo que según ellos tuvo que imperar para construir tan inmensos monumentos. El mejor conocimiento de las antigüedades del Nilo gracias a la expedición de Bonaparte, y la apertura de gustos en el siglo XIX condujeron a la aceptación del arte egipcio, pero del modo híbrido y ecléctico que se puede observar en los cuadros de tema bíblico de la época, sin ningún sentido geográfico ni cronológico.

A partir de la labor de Mariette son ya tantas las actividades centradas en Karnak que los autores se ven obligados a destacar sólo alguno de los hitos más ilustrativos: los arquitectos-directores del yacimiento, la total reconstrucción de la sala hipóstila tras la caída de columnas en 1899, la *cachette* de estatuas, los templos de Ajenatón, las capillas descubiertas dentro del III pilono, y finalmente la reciente creación del centro franco-egipcio de estudios de Karnak. Visión rápida de los apretados cien años en que más se ha avanzado en el conocimiento del templo pero también en los que se han acentuado los peligros para su supervivencia: la afluencia imparable de turistas y el nuevo nivel de la capa freática, más alta desde la construcción de la presa de Asuán, impondrán toda una nueva serie de labores de salvaguarda que acaban de comenzar y de la que seremos testigos en los próximos años.

El quinto capítulo, a modo de conclusión, es una brevisima revisión de las interpretaciones historiográficas en las que Karnak ha sido tenido en cuenta. La primera se la dio Champollion, quien considerándolo palacio estudió sus inscripciones con el fin de obtener unos esquemas dinásticos comparables con los de Manetón. A mediados del siglo XIX, y ya identificado como templo, fue en cambio desdeñado por los historiadores de la religión pues para los debates del momento (monoteísmo inicial o politeísmo, fetichismo que desemboca en monoteísmo, etc.) no tenía nada que aportar. Las extrañas interpretaciones de simbolistas y visionarios en general en el segundo tercio de nuestro siglo son las que han obligado a los egiptólogos a comenzar el estudio de la función de las salas del templo y su integración en el conjunto, que es la línea de investigación más fructífera en este momento.

El volumen se cierra con varios cuadros cronológicos y unas páginas de bibliografía. Esta, dividida por capítulos, ha sido agrupada por temas, lo que la convierte en un instrumento de trabajo especialmente útil.

Por último hacer una mención destacada de la elección de las ilustraciones del